

DEFENSA DEL CIUDADANO LOUIS AUGUSTE BLANQUI ANTE LA CORTE DE AUDIENCIAS EN LO CRIMINAL (12 DE ENERO DE 1832)

Señores del Jurado:

Se me acusa de haber dicho a treinta millones de franceses, proletarios como yo, que tenían el derecho de vivir. Si eso es un crimen, me parece que debería responder por él menos a una corte que a todos los hombres, aunque no fuesen ni jueces ni parte en la cuestión. Ahora bien, Señores, observad que el ministerio público no se ha dirigido a vuestra equidad y a vuestra razón, sino a vuestras pasiones e intereses; ellos no demandan que vuestro rigor caiga sobre un acto contrario a la moral y a las leyes; no buscan más que desencadenar vuestra venganza contra aquello que vosotros os representáis como una amenaza a vuestra existencia y a vuestras propiedades. Yo no estoy entonces frente a jueces, sino en presencia de enemigos; será, pues, inútil que me defienda. También estoy resignado a todas las penas que pudieran imponerme, protestando no obstante con energía contra esta substitución de la justicia por la violencia, confiando al futuro el cuidado de someter la fuerza al derecho. Sin embargo, sí es mi deber, mío de proletario, privado de todos los derechos de la ciudad, de declinar la competencia de un tribunal donde no se sientan más que los privilegiados que no son mis pares, estoy convencido de que vosotros tenéis el corazón situado bien en lo alto como para apreciar dignamente el papel que el honor os impone en una circunstancia donde se nos libra de cualquier modo, como adversarios desarmados, a vuestra inmólación. En cuanto a nuestro papel, seguimos un camino fijado de antemano: el papel de acusador es el único que conviene a los oprimidos.

No debemos imaginar entonces que los hombres investidos por la sorpresa y el fraude de un poder de un día, puedan a su voluntad arrastrar a los patriotas delante de su justicia y obligarnos, mostrándonos la

espada, a suplicar misericordia por nuestro patriotismo. ¡No creáis que venimos aquí para justificar los delitos que ellos nos imputan! Lejos de eso, nos sentimos honrados por tal imputación, y desde este mismo banco de los criminales donde tenemos hoy el honor de sentarnos, es que lanzamos nuestras acusaciones contra los infelices que han arruinado y deshonrado a Francia, con la esperanza de que el orden natural sea restablecido, y que acusadores y acusados ocupen sus verdaderos lugares en este recinto.

Esto que voy a decir explicará por qué hemos escrito las líneas que nos incriminan ante las gentes del rey, y por qué las escribiremos todavía.

El ministerio público ha, por así decir, proyectado ante vuestra imaginación una revuelta de esclavos, a fin de excitar vuestra sed de venganza. “Vosotros veréis, dicen, esta es la guerra de los pobres contra los ricos; todos aquellos que poseen algo están interesados en repeler la invasión. Esos son sus enemigos; sorpréndanlos antes de que se vuelvan más temibles”.

Sí señores, he aquí que ésta es la guerra entre los ricos y los pobres: los ricos así lo han querido, luego son ellos los agresores. Solamente ellos encuentran malo que los pobres opongan resistencia; ellos dirán de buen grado, hablando del pueblo: este animal es tan feroz que se defiende si se lo ataca”. Toda la filípica del Señor abogado general puede resumirse en esta frase.

No se cesa de denunciar a los proletarios como ladrones prestos a lanzarse sobre las propiedades. ¿Por qué? Porque ellos se quejan de ser apabullados por los impuestos para ganancia de los privilegiados. Y en cuanto a lo que concierne a esos privilegiados, que viven grandemente del sudor de los proletarios, éstos son los legítimos poseedores, amenazados de pillaje por un populacho ávido. Esta no es la primera vez que los verdugos se dan aires de víctima. ¿Quiénes son entonces los ladrones dignos de tantos anatemas y suplicios? Treinta millones de franceses que pagan al fisco un millón y medio y una suma igual a los privilegiados. Y los poseedores, a quienes la sociedad entera debe cubrir de potestades, éstos son dos o trescientos de miles de ociosos que devoran pasiblemente los millones paga-

dos por los ladrones. Me parece que es esta, bajo una nueva forma y entre otros adversarios, la guerra de los barones feudales contra los mercaderes, a quienes despojaban de sus bienes sobre los grandes caminos.

En efecto, el gobierno actual no se basa en otra cosa que en esta iniqua repartición de las cargas y los beneficios. La restauración la ha instituido en 1814 a gusto del extranjero, con el fin de enriquecer a una imperceptible minoría de despojos de la nación. Cien mil burgueses forman eso que nosotros llamamos, por una amarga ironía, el elemento democrático. ¿Qué será buen Dios, de los otros elementos? *Paul Courier*¹ ya ha inmortalizado a la marmita representativa; esta bomba aspirante e impelente que prensa la materia llamada pueblo, para aspirar a los millones incesantemente volcados a los cofres de algunos ociosos, máquina despiadada que estruja uno a uno a veinticinco millones de campesinos y a cinco millones de obreros para extraer la más pura de su sangre y transfundirla a las venas de los privilegiados. Los mecanismos de esta máquina son combinados con un arte maravilloso: atacar al pobre en todos los instantes del día, persiguiéndolo hasta en las más minúsculas necesidades de su humilde vida, metiéndose en medio de su pequeña ganancia, en el más miserable de sus usufructos. Y esto no es más que una parte de todo el dinero que viaja desde los bolsillos del proletario a los del rico, pasando por los abismos del fisco; de los cuales, los montos más grandes son elevados directamente sobre las masas para los privilegiados, por medio de las leyes que rigen las transacciones industriales y comerciales, leyes de las que esos privilegiados poseen la fabricación exclusiva.

Para que el propietario retire de sus campos un cuantioso arriendo, los trigos extranjeros son sometidos a un derecho de entrada que aumenta el precio del pan; y vosotros debéis saber que algunos céntimos de más o de

¹ Paul- Louis COURIER (1772- 1825): Escritor y panfletero. Sin pertenecer a ningún partido político, combatió con pluma mordaz e impiadosa la reacción nobiliaria y clerical. Sus panfletos han jugado un rol considerable en la preparación de la revolución de 1830. Sus escritos más conocidos son: *Petición a las Cámaras* (1821), *Simple discurso de Paul- Louis, viñero de la Chavonnière* (1821), *Panfleto de los panfletos* (1824).

menos sobre una libra de pan significan la vida o la muerte de varios miles de obreros. Esta legislación sobre los cereales atropella sobre todo a las poblaciones marítimas del *Midi*. Para enriquecer a algunos grandes fabricantes y propietarios de bosques, se somete a esos derechos a los artículos de hierro procedentes de Alemania y Suecia, de modo que los campesinos están obligados a pagar muy caro por malas herramientas, mientras podrían procurarse de unas excelentes a buen precio. Los países extranjeros a su turno se vengan de nuestras prohibiciones desterrando los vinos franceses de sus mercados, lo cual, unido a los impuestos que pesan sobre esta mercancía en el interior, reducen a la miseria a las comarcas más ricas de Francia, y matan el cultivo de la viña, el más natural del país, la cultura verdaderamente indígena, aquella que más favorece la movilización del suelo y la pequeña propiedad. ¿Y para qué hablar del impuesto sobre la sal, la lotería, el monopolio del tabaco, en una palabra, de esa inextricable red de impuestos, de monopolios, de prohibiciones, de derechos de aduana y de concesiones que envuelven al proletario y encadenan y atrofian sus miembros? Es suficiente decir que esta masa de impuestos es repartida de manera de permitir ahorrar siempre al rico y de pesar exclusivamente al pobre, *donde siempre los ociosos ejercen un indigno pillaje sobre las masas laboriosas*. El pillaje, en efecto, es indispensable.

¿No es necesario hacer una gran lista civil para costear la dignidad real, consolarla por el sublime sacrificio que ha hecho de su reposo en pro de la felicidad del país? Y, ya que uno de los principales títulos de los Borbones herederos del trono consiste en su numerosa familia, el Estado no irá a hacer mezquinamente las cosas, negando los patrimonios a los príncipes, las dotes a las princesas: Hay también este inmenso ejército de sinecuristas, de diplomáticos, de funcionarios a los que Francia, por su bienestar, debe proveer de grandes salarios, a fin de que ellos enriquezcan con sus lujos a la burguesía privilegiada, y todo el dinero que toman del presupuesto sea gastado en las ciudades, así no retorna a los campesinos ni un solo peso del millón y medio del que ellos pagan los cinco sextos.

¿No es necesario, asimismo, que este nuevo astro financiero, este Gil Blas del siglo XIX, cortesano y apologista de todos los ministerios, favorito tanto del conde de Olivarès como del duque de Lerme, pueda vender los altos cargos a buen dinero contante y sonante? Es indispensable engrasar los vastos mecanismos de la máquina representativa, dotar ricamente a hijos, sobrinos, primos, primas. Y los cortesanos, las cortesanas, los intrigantes, los *croupiers* que cotizan en la Bolsa el honor y el porvenir del país, los alcahuetes, las concubinas, los agentes proveedores, los escribanos de la policía, que especulan sobre la caída de Polonia, toda esta canalla de los palacios y los salones, ¿no es necesario acaso hartar de oro a todo aquello? ¿No es necesario poner a fermentar esa basura que fecunda tan alegremente la opinión pública?

¡He aquí el gobierno que el pico de oro del ministro nos presenta como la obra maestra de los sistemas de organización social, el compendio de todo aquello que ha habido de bueno y de perfecto en los diversos mecanismos administrativos que han existido desde el diluvio; he aquí lo que ellos alaban como el *nec plus ultra* de la perfectibilidad humana en materia de gobierno! Esta es, en realidad, toda la teoría de la corrupción llevada hasta sus últimos límites; la prueba más fuerte de que este orden de cosas no ha sido instituido más que en vistas a la explotación del pobre por el rico, que no cuenta con otro fundamento que un materialismo inno-ble y brutal, en el que la que la inteligencia ha sido herida de ilotismo². En efecto, la inteligencia constituye una garantía de moralidad, y la moralidad introducida por descuido en un sistema semejante no puede entrar más que como un infalible elemento de destrucción.

Yo me pregunto, señores, ¿cómo los hombres de corazón y de inteligencia no se resentirán profundamente por el cruel ultraje de ser rebajados al rango de parias por una vulgar aristocracia del dinero? ¿Cómo pueden ellos permanecer indiferentes ante la vergüenza de su país, ante

² "Ilot" era el nombre dado por los espartanos a sus esclavos. Blanqui emplea la expresión "inteligencia herida de ilotismo" para indicar que la inteligencia ha sido, en el sistema, "privada de sus derechos de ciudadanía" o, más precisamente, "esclavizada".

los sufrimientos de los proletarios, sus hermanos de infortunio? Su deber es llamar a las masas a romper un yugo de miseria y de ignominia; deber que yo he cumplido a pesar de las prisiones, deber que cumpliremos hasta el fin desafiando a nuestros enemigos. Cuando tenemos detrás nuestro a un gran pueblo que marcha a la conquista de su bienestar y de su libertad, debemos saber arrojarnos a los fosos para servir de fajines y allanarles el camino.

Los órganos ministeriales repiten con complacencia que ellos tienen los ojos abiertos a las dolencias de los proletarios, que las leyes les ofrecen medios regulares para hacer lugar a sus intereses. Esto es irrisorio. El fisco es allí quien los persigue con las fauces abiertas. Deben trabajar, trabajar noche y día para arrojar incesantemente la pastura para saciar el hambre siempre renaciente de ese abismo, bien felices si aún les quedan algunas migajas para engañar el hambre de sus niños. El pueblo no escribe en los diarios, no envía peticiones a las cámaras: eso sería tiempo perdido. Más bien, todas las voces que encuentran eco en la esfera política, las voces de los salones, esas de las tiendas, los cafés; en una palabra, de todos los lugares donde se forma eso que llamamos la opinión pública, esas voces son las de los privilegiados, no de una parte del pueblo. Él es mudo; vegeta alejado de esas altas regiones donde se reglan sus destinos. Y si es que, por azar, la tribuna o la prensa dejan escapar algunas palabras de piedad sobre su miseria, se encargan de imponerles silencio en nombre de la seguridad pública, que se guarda de tratar esas cuestiones candentes, o bien se vocifera contra la anarquía. Y si algunos hombres persisten, la prisión hará justicia a esas vociferaciones que turban la digestión ministerial. Y luego, cuando se ha impuesto el silencio, se dice: ¡Ved como Francia es feliz, es apacible: el orden reina...!

Pero a despecho de las precauciones, el grito de hambre brotado de esos miles de infelices llega a oídos de los privilegiados, que rugen, gritan: “¡Es necesario que la fuerza sustente a la ley! Una nación no debe apasionarse más que por la ley”. Señores, continuad vosotros, ¿todas las leyes son buenas? ¿No ha habido jamás alguna que os provoque horror? ¿No conocéis vosotros alguna odiosa, ridícula o inmoral? ¿Es posible atrincherarse así tras una palabra abstracta que se aplica a un caos de cua-

renta mil leyes, que significa tanto lo que hay de mejor como lo que hay de peor? A esto se nos responde: "Si hay leyes malas, demandad una reforma legal; mientras tanto, esperadla y obedeced". Esta es una irrisión todavía más amarga. Las leyes son hechas por cien mil electores, aplicadas por cien mil jueces, ejecutadas por cien mil guardias nacionales urbanos, pues han cuidadosamente desorganizado a los guardias nacionales del campo, que se parecen más al pueblo. Pues esos electores, esos jueces, esos guardias nacionales, éstos son los mismos individuos que acumulan las funciones más opuestas y se encuentran todos a la vez legisladores, jueces y soldados, de suerte que el mismo hombre es por la mañana un diputado, es decir, crea la ley; aplica esta ley al mediodía en calidad de juez, y la ejecuta por la noche en la calle bajo el ropaje de un guardia nacional. ¿Qué hacen tres millones de proletarios en medio de todas estas evoluciones? Ellos pagan.

Los apologistas del gobierno representativo tienen fundados sus elogios principalmente sobre aquello que este sistema consagra como la separación de tres poderes, legislativo, judicial y ejecutivo. No tienen más que fórmulas admirativas para este maravilloso equilibrio que habría resuelto el problema, el tan largamente buscado acuerdo del orden con la libertad, del movimiento con la estabilidad. ¡Y bien! Sucede que es precisamente este sistema representativo, tal como los apologistas lo aplican, el que concentra los tres poderes entre las manos de un pequeño número de privilegiados unidos por los mismos intereses. ¿No es esto acaso una confusión, que constituye la más monstruosa de las tiranías, según la propia confesión de los apologistas?

¿A qué se llega con esto? El proletario permanece extraño a todo. Las Cámaras, elegidas por los acaparadores del poder, continúan imperturbablemente su fabricación de leyes fiscales, penales, administrativas, dirigidas al mismo fin de espoliación. Mientras que el pueblo vaya gritando de hambre a demandar a los privilegiados, a los monopolizadores a renunciar a su monopolio, a todos de abjurar de su ociosidad, ellos se reirán en sus narices. ¿Qué hubieran hecho los nobles en 1789 si les hubiésemos suplicado humildemente deponer sus derechos feudales? Habrían

castigado tamaña insolencia... Pero entonces el pueblo se condujo de otra manera.

Los más hábiles de esta aristocracia sin entrañas comprenden todo lo que hay de amenazante para ellos en la desesperación de una multitud privada de pan, y proponen aliviar un poco su miseria no por humanidad ¡Dios no quiera!, sino para salvarse de la muerte. En cuanto a los derechos políticos, ni hace falta decirlo, muchos de ellos se tratan nada más que de lanzar a los proletarios sólo un hueso para roer.

Otros hombres, con mejores intenciones, pretenden que el pueblo está cansado de libertad y que no aspira más que a vivir. Yo no sé qué veleidad de despotismo lleva a exaltar el ejemplo de Napoleón, quien supo reunir a las masas en torno a sí dándoles pan a cambio de libertad. Es verdad que ese déspota nivelador se sostuvo algún tiempo, lisonjeándose con la pasión de la igualdad; entonces hizo fusilar a los proveedores ladrones, los que serían dejados hoy seguramente para ser diputados. Con todo, Napoleón no fracasó por haber matado a la libertad. Esta lección debería ser aprovechada por aquellos que quieren declararse sus herederos.

No está permitido al oír esos gritos de socorro de un pueblo hambriento repetir las palabras insolentes de la Roma imperial: *Panem et circences!* ¡Sepamos bien que el pueblo no mendiga más! No es cuestión de dejar caer de una mesa espléndida algunas migajas para entretenerlo; el pueblo no tiene necesidad de limosnas; es desde él mismo que entiende que debe obtener su bienestar. Quiere hacer y hará las leyes que deben regirlo: entonces esas leyes no serán más hechas contra él; serán hechas para él porque lo serán por él. No reconoceremos a nadie el derecho a otorgar yo no sé qué liberalidades que un capricho contrario podría revocar. Exigimos que los treinta y tres millones de franceses elijan la forma de su gobierno, y nombren, por sufragio universal, a los representantes que tendrán la misión de hacer las leyes. Cumplida esta reforma, los impuestos que despojan al pobre en provecho del rico serán prontamente suprimidos y reemplazados por otros establecidos sobre las bases contrarias. En lugar de tomar de los proletarios laboriosos para dar a los ricos, el impuesto deberá apoderarse de las superfluidades de los ociosos para repartirlas entre esta masa de hombres indigentes que la falta de

dinero condena a la inacción; cargar a los consumidores improductivos para alimentar las fuentes de producción; facilitar poco a poco la supresión del crédito público, esta plaga insana del país; en fin, sustituir al funesto baturrillo de la bolsa por un sistema de bancos nacionales donde los hombres activos encuentren los elementos de fortuna. Entonces, y sólo entonces, los impuestos serán un beneficio.

He aquí, Señores, como es que nosotros concebimos la República, no de otra manera. 1793 es un buen espantajo para porteros y jugadores de dominó. Observad, Señores, que he pronunciado deliberadamente esas palabras de sufragio universal, para mostrar la diferencia con respecto a algunas de sus aproximaciones equivocadas. Nosotros conocemos bien todo lo que un gobierno en situación desesperada pone a trabajar la mentira, las calumnias, los cuentos ridículos o pérfidos para otorgar alguna credibilidad a esa vieja historia que explota desde hace tiempo, de una pretendida alianza entre los republicanos y los carlistas³, es decir entre lo más opuesto que hay en el mundo. Esta es su ancla de salvación, su gran recurso para encontrar algún apoyo; y las más estúpidas conspiraciones de melodrama, las más odiosas farsas policiales no les parecerán un juego tan peligroso si con ellos se llega a amedrentar a Francia con el carlismo que detesta, y a desviarse algunos días de los caminos republicanos adonde el instinto de salvación lo precipita. ¿Pero a quién persuadirá la posibilidad de esta unión contra natura? ¿No tienen los carlistas entre sus manos la sangre de nuestros amigos muertos sobre los patíbulos de la Restauración? Nosotros no somos olvidadizos con nuestros mártires. ¿No es contra el espíritu revolucionario, representado por la bandera tricolor, que los Borbones han amotinado a Europa durante veinticinco años, y que buscan amotinarla todavía? ¡Esta bandera no es la vuestra, apóstoles de la cuasi-legitimidad! ¡Es la de la República! Somos nosotros, republicanos, los que la hemos izado en 1830, sin vosotros y a pesar de vosotros, que la quemásteis en 1815; y Europa sabe bien que sólo la Francia republicana la defenderá cuando sea de nuevo asaltada

³ Se trata de los legitimistas franceses, partisanos de Carlos X. Blanqui les llama carlistas por analogía con los legitimistas españoles, partisanos de Don Carlos.

por los reyes. Si hay en alguna parte una alianza natural, es entre vosotros y los carlistas; a pesar de que no es el mismo hombre el que os conviene por el momento. Ellos tienen consigo que no es así; pero haríais probablemente buen negocio con vosotros mismos por acomodamiento y por mejor conseguir lo que deseáis en común acuerdo con ellos, visto que con esto no haríais otra cosa que volver a vuestro antiguo pesebre.

En efecto, el nombre de carlistas es un sinsentido; no hay y no puede haber en Francia más que realistas y republicanos. La cuestión se divide cada vez más entre estos dos principios; las buenas gentes que han creído en un tercer principio, especie de género neutro llamado justo medio, abandonan poco a poco este absurdo, y todo refluye en torno a una u otra bandera, según su pasión y su interés. Ahora bien, vosotros, hombres monárquicos, que hacéis de la monarquía lo que vosotros decís, sabemos en torno a qué pendón vuestras doctrinas os llaman. No habéis esperado dieciocho meses para elegirla. El 28 de julio de 1830, a las diez de la mañana⁴, se me había acusado de decir, en la oficina de un diario, que yo iba a tomar mi fusil y mi cucarda tricolor, y uno de esos poderosos personajes de hoy exclamaba, lleno de indignación: "Señor, los colores tricolores bien pueden ser los vuestros, pero no serán jamás los míos; la bandera blanca es la bandera de Francia". Ved entonces cómo en el presente estos señores tienen a Francia por un canapé⁵.

¡Y bien! Nosotros hemos conspirado durante quince años contra la bandera blanca, y era rechinando los dientes que la veíamos ondear sobre las Tullerías y sobre el Hotel de Ville, donde el extranjero la había plan-

⁴ En la segunda jornada de "Las Tres Gloriosas", los insurrectos se apoderaron del Hotel de Ville, sobre el que izaron la bandera tricolor.

*"Las Tres jornadas Gloriosas": 27, 28 y 29 de julio de 1830. Tras la revuelta popular, Carlos X fue abandonado, excepto por una minoría de monárquicos, pero se vio obligado a abdicar. Los diputados ofrecieron entonces el trono a Louis Phillipe I, Duque de Orleáns. (N de la T).

⁵ Durante la Restauración la palabra canapé designaba irónicamente a los doctrinarios (miembros de una fracción del partido realista constitucional dirigido por Guizot, Royer-Collard, etc.). Se diría que este grupo era tan poco numeroso que podían sostenerse todos sobre un sillón.

tado. El mejor día de nuestra vida ha sido aquél en el que hemos arrasado en el barro de los arroyos, y despreciado, la cucarda blanca, esa prostituta de los campos enemigos. Hace falta una rara dosis de impudicia para lanzarnos en las narices esta acusación de connivencia con el realismo. Por otra parte, es una torpe hipocresía apiadarse de nuestra pretendida credulidad, de la llaneza que nos ha convertido, dicen, en víctimas de los carlistas. Si yo hablo en estos términos, no es para insultar a los enemigos que yacen en la tierra; ellos se dicen fuertes, tienen su Vendée, ¡que recomiencen, y entonces nos verán de nuevo frente a ellos!

El resto, lo repito, tendrá luego necesidad de optar entre la Monarquía monárquica y la República republicana; y veremos por quién está la mayoría. Ya mismo, si la oposición de la Cámara de diputados, tan nacional que es, no puede reunir completamente al país; si otorga el derecho al gobierno de acusarla de incapacidad y de impotencia, es que, rechazando del todo claramente la realeza, no ha osado declararse con la misma franqueza por la República: eso es lo que no quiere; si bien dice lo que no quiere, jamás ha dicho nada de lo que quiere. Dicha oposición no se resuelve a declinar este nombre de República, donde los hombres de la corrupción se esfuerzan por atemorizar a la nación, sabiendo bien que la nación quiere la cosa casi unánimemente. Hemos desfigurado la historia desde hace cuarenta años con un suceso increíble a fin de aterrizarse; pero los últimos 18 meses han desengañado bien de errores, disipado bien las mentiras, y el pueblo no se dejará engañar por más tiempo con esa mentira. El pueblo quiere a la vez la libertad y el bienestar. Es una calumnia representarlo como presto a ceder todas sus libertades por un pedazo de pan; deberíamos volver esta imputación contra los ateos políticos que la han lanzado. ¿No fue acaso el pueblo el que, en todas las crisis, se ha mostrado dispuesto a sacrificar su bienestar y su vida por los intereses morales? ¿No fue el pueblo el que en 1814 deseaba morir antes que ver al extranjero en París? Y mientras tanto, ¿qué necesidad material lo empujaba a semejante acto de abnegación? Él tenía pan tanto el 1º de abril como el 30 de marzo.

Estos privilegiados, al contrario, que se supone se movilizan tan fácilmente por las grandes ideas de patria y de honor en razón de la exquisi-

ta sensibilidad que deben a la opulencia, que habrían podido al menos calcular mejor que nadie las funestas consecuencias de la invasión extranjera; ¿no fueron acaso los que enarbolaron la cucarda blanca en presencia del enemigo, y se abrazaron a las botas de los cosacos?. ¡Qué cosa! Pensemos que de las clases que han aplaudido el deshonor del país, que profesan altamente un materialismo repugnante, que sacrificarían mil años de libertad, de prosperidad y de gloria a tres días de un descanso comprado por la infamia, ¡esas clases eran las que tenían en sus manos el depósito exclusivo de la dignidad nacional! Porque la corrupción los ha embrutecido, no reconocerían al pueblo más que apetitos del bruto, ¡a fin de arrogarse el derecho de dispensarle lo que necesitan de alimento para entretener la vegetación animal del pueblo que explotan!

No es el hambre lo que, en julio, ha empujado a los proletarios a la plaza pública; obedecían a los sentimientos de una elevada moralidad, al deseo de redimirse de la servidumbre con un gran servicio rendido al país; ¡el aborrecimiento a los Borbones sobre todo! En realidad el pueblo no ha reconocido jamás a los Borbones, ha incubado su odio quince años, aguardando en silencio la ocasión de vengarse; y cuando su mano poderosa rompió el yugo, creyó desgarrar al mismo tiempo los tratados de 1815. Es que el pueblo es un político más profundo que los hombres de Estado. Su instinto le dice que una nación no tendrá porvenir cuando su pasado esté gravado por una vergüenza que no ha podido ser lavada. ¡La guerra entonces! No es punto para recomenzar conquistas absurdas, pero sí para relevar a Francia de prohibiciones, para restituírle el honor, condición primera de prosperidad; ¡la guerra!, para demostrar a las naciones europeas, nuestras hermanas, que, lejos de guardarles rencor por el error fatal, para nosotros y para ellas, que les condujo en armas al seno de Francia en 1814, sabremos vengarlas; y castigaremos a los reyes mentirosos, llevando a nuestros vecinos la paz y la libertad. Esto es lo que querían los 30 millones de franceses que han saludado con entusiasmo la nueva era.

Esto es lo que debía salir de la revolución de julio. Ella ha venido a completar nuestros cuarenta años revolucionarios. Bajo la República, el pueblo había conquistado la libertad al precio de la carestía; el imperio le

había dado una suerte de bienestar y lo había despojado de su libertad. Los dos regímenes aseguraban gloriosamente realzar la dignidad exterior, esta primera necesidad de una gran nación. Todos perecieron en 1815, y esta victoria del extranjero duró por quince años. ¿Qué fue entonces el combate de julio, sino una revancha por esa larga derrota, y la cadena de nuestra nacionalidad reanudada? Y siendo toda revolución un progreso, ¿no debía asegurarnos el goce completo de los bienes que hasta entonces habíamos obtenido sólo parcialmente, devolvernos finalmente todo aquello que nosotros habíamos perdido con la Restauración?

¡Libertad! ¡bienestar! ¡dignidad exterior! Tal era la divisa inscrita sobre la bandera plebeya de 1830. Los doctrinarios han leído: ¡Conservación de todos los privilegios! ¡Carta de 1814! ¡Cuasi legitimidad! En consecuencia, han dado al pueblo la servidumbre y la miseria en el interior, y la infamia en el exterior. ¿No son entonces los proletarios derrotados por un mero cambio de efigie en esas monedas que ellos ven tan raramente? ¿Estamos a tal punto deseosos de medallas nuevas, que derribamos tronos sólo para satisfacer nuestro capricho? Ésta es la opinión de un publicista ministerial, que asegura que en julio nosotros habíamos persistido en reclamar la monarquía constitucional, con la variante de Louis-Philippe en lugar de Carlos X. El pueblo, según él, no ha tomado parte en la lucha más que como instrumento de las clases medias; es decir que los proletarios son los gladiadores que mueren y se hace matar para divertimento y provecho de los privilegiados, los que aplauden desde las ventanas... la batalla terminada. El folleto que contiene estas bellas teorías del gobierno representativo ha aparecido el 20 de noviembre; Lyon ha respondido el 21⁶. La réplica de los lyoneses ha parecido tan perentoria que nadie ha pronunciado una sola palabra de la obra del publicista.

¡Qué abismo vienen a develar ante nuestros ojos los acontecimientos de Lyon! El país entero se ha conmovido de piedad a la vista de esta armada de espectros medio consumidos por el hambre, corriendo bajo la metralla para morir en menos de un solo paso.

⁶ Se trata de la revuelta de los *cannuts* (canutos) -obreros de la seda- del 21 de noviembre de 1831, sofocada el 3 de diciembre por la armada.

Y no es solamente en Lyon, sino por todas partes que los obreros mueren aplastados por los impuestos. Estos hombres tan fieros, orgullosos de una victoria que significaba el advenimiento sobre la escena política del triunfo de la libertad; esos hombres para quienes era preciso regenerar a toda Europa, se debaten ahora contra el hambre, que no les deja ya ni un poco de fuerzas para indignarse de tanto deshonor unido al deshonor de la Restauración. El grito de la Polonia expirante no puede igualmente sustraerse de la contemplación de sus propias miserias, y han guardado lo que les queda de lágrimas para llorar sobre ellos y sobre sus niños. ¡Qué sufrimientos sino aquellos han podido hacer olvidar tan rápido a los polacos exterminados!

Es esta la Francia de Julio tal como los doctrinarios la han dejado. ¡Quién lo hubiera dicho en aquellos días de embriaguez, cuando vagábamos maquinalmente, con el fusil al hombro, a través de las calles desempedradas y las barricadas, aturcidos por nuestro triunfo, con el pecho henchido de felicidad, soñando la palidez de los reyes y la alegría de los pueblos cuando llegara a sus oídos el bramido lejano de nuestra Marsellesa. ¡Quién hubiera dicho que tanto júbilo y gloria se cambiaría en duelo! ¡Quién hubiera creído, al ver a estos obreros de seis pies de alto, a los que los burgueses, saliendo temblorosos de sus escondites besaban a porfía los harapos y recalcaban su desinterés y coraje con sollozos de admiración, que morirían de miseria sobre el mismo empedrado que habían conquistado, y que sus admiradores los llamarían *la plaga de la sociedad!*

¡Sombras magnánimas! Gloriosos obreros, a los que mi mano ha estrechado la mano moribunda en signo de adiós sobre el campo de batalla, a los que he cubierto con los harapos el rostro agonizante, vosotros morábais felices en el seno de una victoria que debería redimir a vuestra clase; y seis meses más tarde, yo he encontrado a vuestros hijos en el fondo de los calabozos, y cada noche he dormido sobre mi jergón al arrullo de sus gemidos, y envuelto por las imprecaciones de sus verdugos, y al silbido del látigo que hacía callar sus gritos.

Señores, ¿no hay alguna imprudencia en estos ultrajes prodigados a los hombres que han dado prueba de su fuerza, y que se encuentran en

una condición peor que aquella que los empuja al combate? ¿Es sensato hacer saber al pueblo tan amargamente que era víctima de su moderación en el triunfo? ¿Estáis de tal modo ciertos de no tener necesidad de la clemencia de los proletarios, qua podríais, con plena seguridad, exponeros a encontrarlos impiadosos? Parece que no se toman otras precauciones contra las venganzas populares que exagerar de antemano el cuadro que éstas van a ofrecer, como si esta exageración, estas pinturas imaginarias de asesinatos y de pillaje fuesen el único medio de conjurar la realidad. Es cómodo poner la bayoneta sobre el pecho de esos hombres que han depuesto las armas después de la victoria.

Menos fácil será enfrentar el recuerdo de esa victoria. He aquí que han sido empleados dieciocho meses para reconstruir pieza por pieza eso que fue derribado en cuarenta y ocho horas, y los dieciocho meses de reacción no han podido igualmente hacer vacilar el trabajo de tres días. Ninguna fuerza humana será capaz de reducir a la nada un hecho ya cumplido. Preguntad a aquél que se lamentaba de un efecto sin causa, si cree verdaderamente que pueden existir causas sin efectos. Francia ha concebido en las sediciones sangrientas a seis mil héroes; el alumbramiento puede ser largo y doloroso, pero los flancos son robustos, y los envenenadores doctrinarios no la harán abortar.

Vosotros habéis confiscado los fusiles de Julio. Sí; pero las balas ya han partido. Cada una de las balas de los obreros está en camino para dar la vuelta al mundo; golpean incesantemente; golpearán hasta que hayan dado fin al último enemigo de la libertad y dado la felicidad al pueblo.

Traducción de Jazmín Acosta